La dama duende en Madrid

Diego San José

LA DAMA DUENDE EN MADRID

Páginas del diario que escribió siendo dama de la reina de España Doña María Luisa de Orleans, primera esposa de Carlos II de Austria[1].

LAS PUBLICA DIEGO SAN JOSÉ

I

El Alcázar de Madrid

El albergue en que moran los monarcas de España, bien puede decirse que se distingue de las casas y palacios de la grandeza en que es más grande que todos los demás, aunque no le van mucho a la zaga el del duque de Lerma, en el alto que dicen de las Vistillas; el del duque de Medinaceli, en el *Prado*, y el de Uceda, al cabo de la Platería.

Es un viejísimo caserón refundido, y lo mejor que tiene es el emplazamiento, pues está en la margen izquierda del río Manzanares (*arroyo aprendiz de río* le dijo en una de sus admirables jácaras Don Francisco de Quevedo), y tiene por fondo las magníficas arboledas de la Casa de Campo y los nevados picachos de la sierra.

Las habitaciones y aposentos son amplios y destartalados; las galerías y corredores son verdaderos laberintos, y por debajo lo minan sótanos y pasadizos secretos, muchos de los cuales van a dar a la otra parte del río y otros a los monasterios cercanos, como son el de la Encarnación, las Descalzas y Santo Domingo el Real. Estos dicen que datan de los tiempos del abúlico y devoto Felipe III, quien, al decir de un satírico y cortesano ingenio, gobernaba los destinos de esta malaventurada España, digna de mejor suerte, tumbado en una cama y abrazado a un crucifijo.

Los cronistas matritenses dicen que en los tiempos de Enrique II se dio principio a esta fábrica, y lo aumentaron después los monarcas sucesivos, siendo Carlos I quien lo tomara con más denodado empeño, según se manifiesta en el escudo de armas tallado sobre la puerta principal, cuya leyenda es:

Carolus V, Romanorum Imperator et

Hispaniarum Rex.

Por lo que parece, de su época primitiva hasta aquí ha sufrido muy notables alteraciones; y a la hora esta, de su antigua condición solo conserva algunos torreones en las bandas del Norte y Poniente que dan al *Campo del Moro*.

Las habitaciones reales están amuebladas con gran riqueza, hay en ellas verdaderos tesoros de arte; entre las más valiosas figura un lienzo de Miguel Ángel, que representa *La oración en el huerto*, por el cual pagó Felipe IV cinco mil doblones.

Hay también verdaderos primores de la tapicería flamenca y admirables frescos, que adornan las paredes de salas y aposentos.

---

[1] Véase el núm. 4 de EL CUENTO NUEVO, tomo I.

Los consejos y covachuelas del Estado están en el patio central.

Este alcázar es el que pudiéramos llamar de Invierno, pues el de Verano, que es el que más gustó al padre del actual monarca, está a la otra parte de Madrid y lo rodean espléndidos jardines, que son la maravilla de la corte.

No es cosa de entrar ahora en minuciosas descripciones y detalles acerca de su origen y vida actual, porque no es mi propósito hacer historia de esta villa, que hay muchas y muy buenas, sino de asentar únicamente las impresiones que en ella recibo. Así pues, quien punto por punto quiera analizar estas páginas, tome el libro de la historia o los opúsculos de coronistas particulares, y ellos, de buena gana, sabrán apagarle la justa curiosidad.

II

El Rey

Yo no soy de aquellas damas palaciegas a quien suele cegar los sentidos su menester, y todo lo ven bizarro y gentil: creen que los reyes son dioses; los príncipes, serafines; los infantes, arcángeles, y la Grandeza que los rodea, invicto coro de bienaventurados. He venido de una corte en que hay demasiada luz a otra en que todo es tinieblas y recovecos de mazmorra.

Aquí, la Cuaresma dura todo el año.

Carlos II tiene, ciertamente, muy poco de monarca, así en la desmedrada y enfermiza complexión como en el débil carácter; pues fue juguete y escarnio de todos, empezando por su misma madre, la fanática y despótica tudesca Doña Mariana de Austria.

Pena me da el ver al infeliz rodeado aún de ayos y azafatas, como si fuese todavía niño de pocos años.

Plegue a Dios que el nuevo amor de la reina joven y bella le haga cambiar en todo y envíe con el Diablo esta gentuza que antes tiende a estorbarle los pasos que a facilitarle el camino.

El único en quien parece que pudiera confiar alguna cosa es en su tío Don Juan, aquel que nació de la concupiscencia de Felipe IV y del ansia de medro de una comedianta, y el hombre parece que también va a su conveniencia; así que puede asegurarse que el inocente Carlos es como un débil corderillo entre una manada de hambrientos lobos.

Se creía que con la expulsión del P. Nithard, confesor, confidente y aun parece que algo más de la Reina madre, había desaparecido el mayor enemigo del Rey y de España; pero, por desdicha, quedan muchos más de los que, como el pueblo no los tome a su cargo, no es fácil desprenderse, y ellos acabarán de dar en tierra con el poco prestigio que le queda a esta hidalga nación, que en no lejanos días fue dueña y señora del mundo.

La Reina madre

Doña Mariana de Austria, aun siendo ya el Rey mayor de edad, es quien verdaderamente sigue reinando en España: Don Carlos no es más que la pantalla que la encubre.

La misma figura de la viuda de Felipe IV no la hace nada simpática, para sentir por ella otra cosa que el respeto que es debido a su alta jerarquía.

Es seca, desabrida, de modales bruscos y orgullosos; sus facciones son duras y poco agradables; quizás en los años de su juventud no haya sido fea del todo.

Más que una soberana, parece una abadesa.

Viste tocas monjiles; en su antecámara no se ven de continuo más que religiosos, beatas y murciélagos de la curia eclesiástica, como son notarios del Obispado, comendadores de las Órdenes monásticas y hermanos de las Cofradías matritenses.

Gentes de baja estofa y de ruines miras suelen ser sus consejeros en el Gobierno. Desdeña a la Grandeza española, no gusta de los poetas. Un tiempo hubo, desde la muerte de su marido hasta poco antes de las bodas de su hijo con mi señora, que desterró de España y sus posesiones en Indias el arte de las comedias, con lo que trajo la ruina de infinitas familias y la decadencia de un tan bello género de Literatura como es el Teatro, y más el de por acá, que tiene dadas tan espléndidas y maravillosas flores.

Así vino a acaecer que, como el ingenio no podía dar sus frutos sobre la escena, tuvo que refugiarse en la sátira política y glosa de las malas costumbres, y, por ende, ha sido esta época la más fecunda en vejámenes y jácaras contra los Poderes públicos.

Antes, los ciegos, por calles y plazas, no cantaban otra cosa que la vida de los santos, las hazañas de los bandidos y los prodigios e influencias de los astros sobre esta poquedad en que vivimos, y ahora dan más distinguidas procedencias y letrillas en que se habla mal de los ministros y se pone en duda la moralidad de Doña Mariana.

No hay más que ver el papel que titulan *Verdades y mentiras de la Plaza Mayor, y senado de los pícaros.*

No se puede ofender con más descaro y descoco; pero a la dicha señora todo le tiene sin cuidado en pudiendo hacer su voluntad y su agosto, que es defender a los alemanes.

Aunque de por fuerza le fue arrancado de su afecto el P. Everardo, Palacio no está barrido del todo de tudescazos. Lo más florido de su cohorte son del país de la cerveza y de la salchicha; digan, si no, estos farsarios y trúhanes que llaman *El Cojo* y *La Perdiz*, sin cuya voluntad no se abre una puerta ni se descorre un tapiz, así en el Alcázar viejo, como en el palacio de El Buen Retiro.

Cómo rezan las españolas

Muy bien quedan asentadas en las páginas de la Historia y en particulares crónicas las figuras de este reinado, y así, tratando yo en estos pliegos no más que lo puramente curioso, como son usos y costumbres, no creo pertinente traer al retortero figuras y figurones, como no sea que ellos me salgan al paso de mi narración, y para el buen orden de ella no haya forma de hacerles a un lado...

Mi marido Don Fernando presentó a lo más granado de la corte, y he sido tan bien recibida por la grandeza como por la alcurnia de mi casa tengo merecido.

A pesar de ser española (como tengo dicho en la primera parte de este diario), me cogen completamente de nuevas las costumbres y los usos; pero no sé qué cosa extraña me ocurre que, ciertamente, no me extrañan ni sorprenden tanto como a las damas extranjeras.

Aquí es primero la devoción que la obligación, y no hay más sino hacer como todos, si luego no se quiere caer en el descrédito y la hablilla.

Rogué a mi Don Fernando que no dejara de llevarme un día festivo al templo más cortesano, pues quería ver cómo rezaban las españolas.

Era por el entonces la Cuaresma y me llevó al templo de San Felipe, que está a la entrada de la calle Mayor, y, más que por la santidad de su empleo, es famoso por sus gradas, que son la gaceta no solo de las Españas sino de todo el Universo.

Las damas españolas puede decirse que rezan *a la buena de Dios*, sin guía espiritual de su conciencia.

El devocionario es cosa que les estorba; como lo que se podría llamar única arma devota tienen la sacra intención de Santo Domingo.

No hace muchos días me contaba un noble francés que, oyendo un día misa de once en San Ginés, seguía las diversas ceremonias del incruento sacrificio en las páginas de su libro de misa, y cuando más ensimismado estaba en la devoción, se le acercó, muy colérica, una vieja que, arrebatándole el libro, violentamente le dijo:

—A la iglesia se viene a rezar, no a distraer la devoción con libros obscenos.

Cosa notable es el uso que en esta tierra se hace del rosario. Las mujeres suelen llevarlo pendiente de la cintura, a manera de llavero, y acontecen ser tan largos que falta poco para que la cruz vaya arrastrando por el suelo.

Incluso en la calle no dejan de rezarlo; sobre todo las viejas, rumian oraciones con tanta tenacidad como los bueyes la hierba.

En visita, en el juego y hasta cuando las enamoran, y no dejan de pasar entre los dedos las cuentas del Avemaría.

Hay muchas devotas que se pasan la mañana entera en la iglesia, mientras que el cuidado y gobierno de su casa anda manga por hombro. Se oyen diez o doce misas, pero sin que la verdadera devoción inmute sus espíritus, porque el pensamiento suelen tenerlo empleado a muchas leguas de Jesucristo.

Además, que la Iglesia suele ser pretexto para el pecado, sin que el verdadero dueño de ella se escandalice ni enfade porque en su misma casa vengan los mortales a tomar pasaporte para el Infierno. Sin duda que dice: «dejadlos a su inclinación, que estas misas se las dirán al cabo de su vida».

El tiempo de Cuaresma se presta, más que otro alguno, para escurrirse por la resbaladiza rampa de la concupiscencia, poniendo a Nuestro Señor por pantalla.

Dice mi Don Fernando que no es por acá cosa que escandalice mucho el salir una dama acompañándose de su dueña con pretexto de asistir a los oficios de Semana Santa, y en tanto que la confiada vieja (si no es que ya de antemano está convenida con su señora) pasa y repasa el mugriento rosario entre los sarmentosos dedos, escurrirse ella hasta cierta casa cercana, donde la espera su amante, y en tanto que suben el incienso y las preces al trono de Dios, sube ella hasta la misma gloria en los apretados brazos de su bien amado sin licencia de la Santa Madre Iglesia.

De que todo se consumó y no quedan fuerzas para nuevos sacrificios al amor en cueros, torna a rebujarse muy bien en el amplio manto que hasta los pies le llega, y corre al templo donde dejara a la dueña tan entretenida o tan advertida. Si por acaso fue lo primero, que se escabulló el ama mientras rezaba la sirviente, la riñe y moteja de poco cuidado con su menester, puesto que se escabulló y ha tenido que dar miles de vueltas buscándola por toda la iglesia.

Hace que la siga muy de cerca y se marcha a su casa, donde el marido suele esperarla muy confiado, creyendo honradamente que su mujer es una buena sierva de Dios, que se gana a pulso, como quien dice, los codiciados escalones de la Gloria, donde entre la angélica tropa de arcángeles y serafines asisten los bienaventurados y limpios de corazón...

Los disciplinantes en la procesión del Viernes Santo

El Viernes Santo, después de asistir en Palacio a todas las ceremonias que previene la etiqueta, como son los oficios de la mañana, la concesión de indulto a los reos de muerte, el lavatorio y comida de los doce pobres en conmemoración de esta fineza que el Señor tuvo la humildad de hacer con sus discípulos, asistí desde los balcones del palacio de Oñate a la procesión de la tarde, a la que acuden todas las parroquias, cofradías y gremios de esta villa y corte.

Es una cosa por extremo pintoresca en la que, con pretexto de la devoción, se ofrecen las circunstancias más extremas al recogimiento.

Los cofrades que llevan a cuestas los pasos se paran sin respeto ninguno ante cada tabernilla para echar el trago, y como desde por la mañana andan empleados en servicio de su cofradía, cuando llega la tarde más son cueros con caperuzas moradas, que hombres.

En tanto que hacen su visita a los templos del dios de las vides, allá quedan en medio de la calle las venerandas esculturas, sin que ello sirva de escándalo a la gente, que antes que con enfado lo mira con buen humor.

Pero, con ser esto harto reprensible, no produce tan desagradable impresión como los *disciplinantes*; jamás podré apartar de mi memoria tan repugnante espectáculo.

Se cubren con una túnica muy delgada que les va desde la cabeza hasta los pies. Ninguna tiene menos de treinta o cuarenta varas de tela. Se tocan con una caperuza de exageradas dimensiones, por delante de la cual pende una tira de lienzo que es una especie de máscara que les tapa el rostro.

A manera de amatoria divisa, suelen llevar enlazadas en las disciplinas una cinta de seda que después de la jornada regalan a sus amantes, y ellas lucen con notable orgullo, como presente de gran valer.

Aderezados de esta suerte pasaron ante mí infinitos, abriéndose las carnes con las crueles disciplinas; tan a lo vivo lo hacían, que nadie pudiera pensar que los movía antes la presunción y el afán de ser admirados por el vulgo que la verdadera fe llevada a un punto de bárbaro fanatismo, que, cuando menos, públicamente debiera estar vedado.

Lo que verdaderamente me sublevaba era la teatralidad con que cumplían su menester de desollarse vivos, pues aun dicen que tienen entre ellos verdaderas reglas para que ello resulte con la mayor perfección posible. Se atizan acompasadamente y todos a una, ni más ni menos que si obedecieran a una voz de mando.

La sangre brota a raudales de las abiertas heridas, porque los cordeles suelen estar erizados de afiladas púas que desgarran la piel. Guando uno de los penitentes llega a donde está su manceba, arrecia los golpes como de ordinario lo hacen los arrieros con las infelices bestias, ella toma aquella saña que la ofrecen como sacrificio de amor, y hacen señas que animan al loco en su propio daño.

Cuando los disciplinantes tropiezan en su camino con un buen rostro, le hacen una fineza que para mí es repugnante, y vi que las agasajadas estiman en mucho; y es que se paran junto a la bella y se atizan de suerte que la salpican con la sangre que arrancan en las disciplinas.

Me dijo una de las damas que me acompañaba que hay quien tiene en tanto este favor, que guarda el vestido ensangrentado, como si fuese una reliquia. Bien es verdad que, si la tela es delicada y de tanto coste como suelen usarlas aquí las señoras de calidad, no queda para otra puesta.

La plaga de los criados y la mugre de los pobres

Aun habiendo vivido tanto tiempo en una corte tan fastuosa y superficial como la de Francia, no puede menos que maravillarme la prolusión de la de España, en muchas cosas, y en más que otras en lo que respecta a la servidumbre, que tengo para mí que es la verdadera fuente de penuria.

El mal comienza en el mismo palacio de la monarquía, y continúa luego como enfermedad contagiosa por todas las casas de la Grandeza, hace sus estragos en la clase media y aun tiene salpicaduras para la gente pobre, pues no hay quien lo sea tanto que no tenga algún infeliz que le sirva. Al ciego que no se vale de un lazarillo no le falta un gozquezuelo.

Comienzo mi observación por la Real casa, que es en donde vivo como dama de la señora Reina (q. D. g.).

Es innumerable la lista de servidores que se lleva en la Intendencia; solo en el Alcázar pasan de 1.500.

Como si ya ellos fuesen pocos, hay hasta gente que vive de la despensa del Rey, aun los embajadores y grandes de España.

En los almacenes de la Real despensa van a buscar las provisiones que se reserva a cada cual según la categoría de su empleo.

Aves, caza, pescado, hortalizas, legumbres, chocolates, frutas, aceite, vino, pan, velas, de todo pueden proveerse allí las sabandijas de Su Majestad, que viven a costa del Estado.

Este abuso suele traer por cabo otro que redunda en beneficio de los aprovechados, y es que venden sus raciones en las lonjas y abacerías, produciéndoles muy buenos rendimientos, en cuyo negocio no exponen más que la desvergüenza, y la pasividad de unos gobernantes que, a fuer de que a ellos les consientan robar a su antojo, consienten que toda España sea Sierra Morena.

En casa de la duquesa de Alba vi tal enjambre de pajes, dueñas, azafatas y escuderos, que casi obstruían aposentos y corredores hasta el punto de hacer difícil el paso a las visitas.

Le pregunté cuántas mujeres tenía para su menester y me respondió que nada más que 300, porque los tiempos corrían muy míseros y le era preciso hacer economías, pero que los años anteriores llegó a tener más de 500.

Aunque en las casas está concedido el tener cuantos criados le plazca a cada uno, en la calle no pueden traerse más de dos lacayos y un escudero; solamente a los embajadores y a los extranjeros le es permitido ir acompañados por tres o cuatro pajes.

Muchos señores se permiten tener esclavos, que traen de las Indias y del moro, y los tratan como a cosa propia, aunque ya no tienen sobre ellos, como antes, derecho de vida y muerte.

Pocas son las casas pudientes donde no hay lacayos negros para los señores, y para las damas alguna gentil mulatica, que suelen ir medio desnudas, sin que haya medio de hacerles comprender que tamaña ligereza en el vestido no es buen uso para aquí.

He podido observar que la gente española es poco a propósito para doblegarse a la servidumbre, porque de suyo es altanera y poco sufrida con los despotismos. Casi hay que pedir las cosas por favor, y, después de logradas, con el tiempo que ellos hayan querido tomarse, dar muy cumplidas gracias.

Aun a los pobres de pedir no se puede despachar de mala guisa, porque suelen entender que hasta favor nos hacen con humillarse a pedirnos la limosna.

El otro día, el conde de Saldaña, que es hombre de notable humor, tuvo el capricho de hacer correr la voz de que daría un premio de cincuenta ducados al pobre más vago de Madrid. Desde el mismo punto y hora en que soltó la especie, se le comenzó a llenar el portal de su casa de gente tumbona, que hacía presentación de sus credenciales, pero ninguna, a juicio del tribunal que formó el conde con otros dos amigos, tan muelles que solo por indolencia se pasaban meses enteros en la cama reunía bastantes méritos para optar a la codiciada recompensa.

Unos alegaban no haber trabajado en toda su vida, teniendo más de cincuenta años; otro, no comer más que cuajada, por no dar pesadumbre a las mandíbulas, y hacerse de su persona con las bragas puestas, por no tomarse el trabajo de soltarse la pretina; tal decía que por andar en burro toda la semana daba gratuitamente las espaldas al verdugo..., y mil méritos más, pero ninguno aducía tanto que se le pudiera tomar en consideración.

Hay por aquí un apóstol de la vagancia a quien llaman *San Alejo*, porque siempre se le halla reposando al sol debajo de las gradas, a la sombra en los porches de la Platería. En cuanto supo el capricho de su excelencia, se fue muy poco a poco hacia la casa del prócer, y se tendió a la puerta. Se le acercó el portero y le dijo que no estorbase el paso, pero el bellaco ni siquiera respondió y prosiguió tendido. Entendió entonces el fámulo que estaría enfermo, y comenzaba a pedir auxilio para llevarle a un hospital cuando llegó el conde.

—Pues ¿qué pasa? —preguntó.

—Señor —le respondió el portero—. Este buen hombre, que, sin duda, se ha puesto malo.

Volvió entonces la cara el truhan y dijo:

—No me he puesto, señor, no me he puesto. Que si he venido aquí ha sido llamado por la caridad de vuecelencia.

—¿Que yo os llamé? —habló el de Saldaña.

—¿No hizo vuecelencia correr la especie —repuso *San Alejo*— de que daría cincuenta ducados al vago más vago de toda la villa? Pues aquí me tiene por ellos y no me canse en hablar tanto.

—¿Luego tú eres opositor?

—Y con más méritos que cuantos hayan optado a ese premio.

—Pues ¿cómo no has hecho, como ellos, tu memorial y lo has entregado a mi mayordomo?

—Por no trabajar en escribirlo.

—Bien, eso ya es un mérito; sígueme.

—Pues ¿a dónde, señor?

—A mi escritorio, y allí aducirás los otros méritos que tengas para triunfar en esta academia de los vagos.

—Pues se piensa, señor, que por la miseria de cincuenta ducados voy a dejar yo este rato de sosiego y esta lengüetada de sol que da la vida. Váyase y no me obligue a decir una palabra más, que estoy muerto.

Se rio el conde para un año, mirando ante sí tan acrisolado ejemplo de la nadería, y dándole los cincuenta escudos en aquel mismo punto y hora le dijo, por vía de laudatorio discurso:

—¡Oh, varón insigne del hampa castellana!, tomad y andad; o, mejor dicho, dormid con Dios, que no habrá en el mundo entero quien os vaya a la mano, ni Diógenes le topara más que llevase una linterna en cada dedo.

Y se metió en su palacio casi sin poder andar, en fuerza de la risa que le retozaba el cuerpo.

Muy despacio se alzó *San Alejo*, y aun tuvieron que ayudarle porque llevaba camino de tener labor para toda la mañana.

Cuando estuvo de pie y arrimado a su báculo, decía:

—No hay que extrañarse de este particular mío; no piensen que pueda hacerme daño, que yo soy hombre que tumbado a la larga resisto mucho...

Ya nos lo dirán de misas

Esta frase, que suele emplearse casi de continuo para dar a entender que el que hace una cosa fuera de lo que es admitido entre gentes de bien ya tendrá su pago en el día de la justicia, se toma por acá en todo su fanático valer.

Como en España se está en tan buenas relaciones con la corte celestial, se peca lindamente, porque se cuenta con las misas que al cabo de la vida han de redimirlos ante el tribunal del Señor.

Así, esto de las misas es una de las más caudalosas fuentes de riqueza que tiene la clerecía en esta hidalga tierra.

La devoción a las ánimas del Purgatorio es de las que tienen más arraigos en esta nación.

En todo testamento, el primer párrafo que se tiene en cuenta es el que atañe a la salvación del ánima, y llegado el caso de ponerse en vigor la postrera voluntad de un individuo, es el primer dinero que sale de la testamentaría el que ha de ir a mano de los señores curas para que le encomienden a Dios.

Muchas veces se ha dado el caso de morir un hombre alcurniado lleno de deudas que con lo que dejaba no tenía ni para empezar a cumplir sus compromisos, y antes faltó para estos que para mandarle decir quince mil misas, y no había miedo de que alguno protestase, aunque en ello le

fuera la mina, pues es ley admitida que no se cuenta con obligación ninguna hasta que no está satisfecho el capítulo de los sufragios.

Felipe IV parece que dejó cien mil misas mandadas para su alma, y advirtió que, cuando llegase a un número en que su ánima no necesitara de más porque ya estuviera gozando de la bienaventuranza, se aplicaran las sobrantes en sufragio de sus progenitores, y si estos estuviesen ya a la diestra de Dios Padre, se emplearan por las almas de los muertos en las guerras de España.

A este punto también recuerdo una donosa especie que corre de boca en boca, atribuida al gentil conde de Villamediana, infortunado poeta que feneció en mala muerte por haber puesto sus amores en la reina Doña Isabel.

Parece que, estando oyendo misa en el convento de Atocha, se le acercó la mujer que va entre los feligreses pidiendo para las ánimas del Purgatorio. Llegó donde estaba su excelencia y, poniéndole delante la bandeja de las limosnas, imploró:

—¡Señor, para las ánimas benditas!

El conde puso mano en la faltriquera y sacó de ella un ducado. Lo puso sobre la batea y preguntó a la buena mujer:

—Dígame, hermana: ¿cuántas ánimas quedan libertadas con mi caridad?

—Diez, señor, cuando menos—respondió la hermana.

—¿De suerte —tornó a decir Don Juan de Tanis— que, a este tiempo, diez ánimas que hasta ahora mismo padecían los crueles tormentos del fuego, están gozando de la presencia de Dios y cantando loores entre el coro de serafines?

—Así es, como dice vuesamerced —replicó la sacristana—, y bendiciendo su nombre, que las libró de tan horroroso padecer.

A lo que replicó el taimado conde, retirando el ducado:

—Entonces, hermana, si ya están fuera, para nada necesitan la limosna, y buenas tontas serán si se dejan llevar otra vez…

El estrado y la tierra sigilada

No se diría, si estas líneas se dieran al público, que trato de descubrir mi patria, en la que, por el tiempo que de ella he estado ausente, vengo a parecer extranjera; mas como escribo para mí, y como mucho para mi marido, al que algunas veces se le antoja hojear este cuadernillo, a mí propia tengo que referirme las impresiones de lo que cada día pasa ante mis ojos.

El otro día acudí con una prima de mi marido al estrado de la marquesa de los Vélez, y, comenzando por el estrado y acabando por las visitas, todo me pareció material aprovechable para hacer un nuevo capítulo de mi Diario de *La Dama duende*.

¡El Señor tenga en su gloria por los siglos de los siglos el alma de Don Pedro Calderón!

A fe que, aunque Dios fuera servido de que mi matrimonio se torciese hasta el punto de hacerme la mujer más desgraciada de la tierra, no maldijera, como hacen tantas, del cura que me casó.

* * *

¿Qué cosa es por acá estrado?

Diré cómo es el de la marquesa de los Vélez.

En una pieza amplia está lo que se llama estrado de respeto, que no vale más que de figura, como su mismo nombre lo indica.

Cubre las paredes y el suelo hermosísima y costosa tapicería flamenca (que no es la señora marquesa tan orgullosa y pagada de las cosas de España como aquel conde-duque de Benavente, que ni el Toisón de Oro quería traer puesto, por ser Orden extranjera).

Las almohadas y las sillas las encubren severos paños de terciopelo carmesí.

Una alfombra turca, tan amplia y varia de vivos y armónicos colores, que parecía el suelo el macizo de un bello jardín.

En el medio hay un brasero de plata, huérfano de lumbre, que, entre tanta pintada flor, más que brasero, semeja fuente.

Después de esta estancia, hay otra, que es el *estrado de cumplimiento*, también pieza magnífica, amueblada con lujo.

Colgaduras escarlata, cortadas a espacios iguales y convenientes con puntas de oro de dos cabezas. Almohadas del mismo colorido con idéntica guarnición.

Sillas de vaqueta con clavos de auríferos pavones.

Alfombras de estas que llaman de uso, con cuyo valor se podrían mantener muy bien, durante un año, diez familias pobres.

El brasero que hay en esta estancia es diferente al del primer estrado. Es como una gran bacía de barbero, sin faltarle aquella parte que encaja en la garganta; tiene por trono de su grandeza una primorosa caja de ébano incrustada en marfil. Cuando en el invierno pongan lumbre en este magnífico recipiente, más que brasero, ha de parecer estanque de rescoldo...

Entre las sillas, a distancias medidas, hay escritorios de preciosas maderas primorosamente labradas.

Se pasa luego a lo que se llama estrado de confianza, que en rigor es la alcoba, y en él es donde ordinariamente se reciben las visitas, aunque no sean de extrema confianza.

En el centro se levanta una tarima (que es el verdadero estrado), y sobre él está la cama, cubierta con las colgaduras correspondientes a la estación corriente: si verano, de gasas; si invierno, de terciopelo.

***

Una de las cosas que me llamaron la atención sobremanera fue el prurito de algunas damas de buena edad en aparecer graves y circunspectas, para lo cual creen que es preciso llevar lentes, que más les dan aires de doctores por Salamanca que de simples mujeres.

Mi curiosidad me llevó al extremo de preguntar a la marquesa, y me puso al corriente de esta pedantería de las damas.

Pero esta vanidad no puede achacarse solamente a las mujeres, puesto que los hombres la rinden culto con más devoción, y así no hay uno solo que puje de persona grave que no ande muy hinchado con sus enormes espejuelos, pues conviene saber que cuanto más crecido es el tamaño indica más autoridad.

Poco antes de ser noche nos regaló su excelencia un suculento refrigerio, compuesto de exquisitos dulces y rico chocolate.

El aromoso soconusco es cosa que en España tiene muchos aficionados y, por hacerle más gustoso, lo toman con leche y yema de huevo, de suerte que viene a resultar una riquísima crema.

Hablando estaba con una damisela muy linda cuando advertí un ruido desagradable en su boca, como si mascara arena. Me hacía tan mal efecto, que me causaba escalofríos, y no pude menos que preguntarle la causa de aquel ruido.

Me dijo que *tierra sigilada*, y se extrañó mucho cuando me oyó decir que yo no la había probado ni pensaba hacerlo en todos los días de mi vida.

—Pues os advierto —dijo— que es de muy buen tono y, además de eso, saludable, y en Madrid no hay dama de buen gusto que no se coma dos o tres *barros* al día. Mezclada con almizcle y miel, es la mejor golosina que habéis podido probar.

Me ofreció un casquito, y yo, para que no entendiera que hacía desprecio, le hinqué el diente, pero tuve que arrojarlo en seguida.

No puedo comprender este mal gusto, al que, para más disculparlo, le atribuyen propiedades curativas; pero es lo cierto que este vicio suele dejarlas opiladas, la piel se les pinta de un feo color amarillento y se les hinchan el vientre y el estómago hasta el punto de hacerles parecer en estado de buena esperanza.

Terminada que fue la merienda, entró el mayordomo de la marquesa hasta el centro de la estancia y, poniendo una rodilla en tierra, se persignó muy devotamente y dijo en voz alta:

—¡Alabado sea el Santísimo Sacramento!

Y todos respondieron:

—Sea por siempre alabado.

En seguida entraron más de veinte pajes con sendos candelabros de cuatro brazos, que fueron dejando sobre los muebles, y, hecho esto, se retiraron haciendo una profunda reverencia.

Se recogieron las migajas que restaban de la charla, haciéndose con todas ellas la última murmuración de la tarde, y nos fuimos retirando.

En la antesala me esperaba mi esposo, y muy satisfecha, tanto de verme con él como del recibimiento cortés que me hizo la señora marquesa de los Vélez, tomamos la vuelta de Palacio, donde aquella noche, en honra y agasajo del nuevo embajador de Inglaterra, había comida de gala...

***

En este punto dejo cortado el Diario que voy escribiendo, sin haber tocado, como prometí al fin del anterior, los sucesos e intrigas cortesanas; quise primero hablar algo del ambiente, para dejar el fondo bien preparado para asentar luego en él las figuras.

Si tengo el buen humor y la curiosidad que hasta hoy, seguiré asentando mis impresiones en estos pleguezuelos de papel; pero. si es tanta mi ventura que mi Don Fernando me da un *Pimentelillo* de ojos negros como los de él y cabellos rubios como los míos, no estaré sino para comérmele a besos y a mimos, y así en este punto habrá finado el Diario de *La Dama duende*.